

Pampinos



Gloria Miños Castillo:

“En la pampa aprendimos a compartir lo poco que teníamos: un dulce, un cuento, una historia, un momento”



LA PROFESORA GLORIA MIÑOS EN EL BAUTIZO DE SU HIJO PEDRO EN LA IGLESIA DE LA HISTÓRICA OFICINA PEDRO DE VALDIVIA.

Gloria Miños Castillo, de 64 años, vivió su infancia y juventud en la oficina salitrera Pedro de Valdivia. Recuerda con emoción cómo la vida en la pampa moldeó su carácter, la marcó profundamente y le dejó enseñanzas que aún lleva consigo.

Así, esta pampina repasa sus juegos, responsabilidades, afectos y el sentido de comunidad que, según ella, “no se volverá a repetir en ningún otro lugar”.

¿Crecer en la pampa forjó su carácter?

“Por supuesto que sí. La pampa me enseñó a ser solidaria, humanitaria, a preocuparme por los demás. Eran tiempos difíciles, en los que tenías que ayudar en casa desde niña. Me tocó ir al estanque Siloli a buscar agua, cocinar con leña, acarrear durmientes desde los rípios o comprar carbón en la carbonera. No teníamos televisor, así que íbamos al sindicato a ver televisión. Aprendí a ser ahorrativa, responsable, a cuidar a mis hermanas. Cada moneda se guardaba como un tesoro. Esa vida me formó con un carácter firme, pero también amable.

¿Qué experiencias marcaron su paso por la salitrera?

“Muchas. El compañerismo, la unidad, la forma en que

se vivía en comunidad. Todos se ayudaban. Recuerdo que en la calle Lynch, un señor ponía un televisor en el patio y cobraba una moneda para ver los programas. Ponían bancas de madera, y si no alcanzabas asiento, te sentabas en el suelo. También me marcó ver como algunos vecinos organizaban circos para los niños, con carpa y todo. Eran intervenciones simples, pero llenas de magia.

¿Recuerdos de esos años de crecimiento?

“Llegué a Pedro de Valdivia a los seis años. Mi papá fue ‘enganchado’ a trabajar en el cargador de tiro en 1959. Éramos cuatro hermanos y mi mamá llegó con nosotros. Se enfermó al poco tiempo, y mi papá tenía que trabajar, así que quedé a cargo de mis hermanas. No hablaba bien, mi acento era campesino y tuve que adaptarme. A veces defendía lo mío sin importar si eran más grandes. Con el tiempo aprendí a hablar mejor, a ubicarme contando cuadras para ir a la escuela, y empecé a hacer mi vida ahí.

¿Algunos lugares característicos que recuerda de esos años?

“La escuela, sin duda. Era lo más importante, el centro de la vida infantil. También la biblio-

teca, donde hacía mis tareas, y la pulpería, donde compraba chocolates con mis ‘mañanitas’. La feria, la panadería, la plaza donde jugábamos con los compañeros. El cine era lo máximo. Había matiné, vespertina y nocturna, pero a los niños nos daban permiso solo para el matiné. Si te portabas bien durante la semana, ibas al cine. Y hasta los perros del barrio nos seguían y entraban con nosotros a ver las películas.

¿Quién fue un ejemplo para UD. en la calichera?

“Sí, varias personas. La señora Ernestina Kong, nuestra directora del colegio, que aunque parecía dura, era muy amorosa si te

acercabas a conversar. Y sobre todo mi profesora de Matemáticas, la señora Olga Areyuna. Me quería mucho, y yo la respetaba tanto que quise ser profesora de Matemáticas solo por ella. Todos mis profesores me dejaron huella, pero ella fue especial.

¿Qué contaría a aquellas personas que no vivieron en la pampa?

“Que la pampa era una gran familia. Los pampinos nos preocupábamos unos por otros, con un sentido de comunidad que hoy casi no existe. Si te faltaba azúcar, el vecino te la prestaba sin dudar. Todos saludaban con alegría, nadie te negaba una sonrisa ni una palabra

amable. Había respeto, cariño, solidaridad. Aprendimos a compartir lo poco que teníamos: un dulce, un cuento, una historia, un momento. En Navidad, por ejemplo, los vecinos se regalaban cosas sencillas, como un dulce o una manualidad, pero hechas con amor, y eso bastaba para hacernos felices.

Era una vida modesta, sí, pero llena de sentido. Vivíamos con lo justo, pero había abundancia en valores. La amistad, el respeto, la colaboración eran parte de lo cotidiano. No importaba si un niño andaba con zapatos rotos o si alguien tenía menos; todos jugaban juntos. Nadie se sentía solo. Eso quisiera transmitirles a quienes no vivie-

ron esta experiencia: que la pampa no era solo un lugar geográfico, era una manera de vivir que te abrazaba, te formaba.

¿Cuáles enseñanzas guarda hasta ahora?

“Me enseñó a ser una buena persona, una buena madre, a tener empatía, a cuidar a los demás. A respetar a todos por igual, sin importar su condición. En la pampa no existía la discriminación. Todos éramos parte de lo mismo: obreros, hijos, vecinos. Jugábamos juntos, sin mirar si alguien tenía una discapacidad, si venía de otra región, si tenía más o menos. Nos tratábamos con humanidad y con ternura.

Pampinos



HISTORIAS DE NUESTRA PAMPA

TODOS LOS VIERNES EN

EL MERCURIO
DE ANTOFAGASTA

Y ENTREVISTA EN

“LA MAÑANA DIGITAL”



97.1 ANTOFAGASTA
89.5 CALAMA